

VIDA Y POESIAS

de

SAN JUAN DE LA CRUZ

**Edición preparada por los
Carmelitas de Batuecas**

1993

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 — Sevilla**

Con licencia eclesiástica
ISBN 84-7693-251-0
Depósito Legal: B. 32401-93
Printed in Spain
Impreso en España

Portada: Retrato inédito de San Juan de la Cruz, en las Carmelitas Descalzas de La Imagen en Alcalá de Henares.

PRESENTACION

Se publica este pequeño libro con ocasión del reciente nombramiento pontificio del Santo Doctor como Patrono de todos los poetas de lengua española.

Se compone en primer lugar de una brevísima biografía popular escrita con piadosa unción en 1926 por el P. Cristóbal de la Virgen del Carmen, con motivo de la proclamación del Santo como Doctor de la Iglesia. Es una síntesis de las muchas biografías sanjuanistas que se han publicado en las principales lenguas, entre las que ocupa el primer lugar actualmente por su estilo y método crítico la escrita por el P. Crisógono de Jesús, editada por la Biblioteca de Autores Cristianos en doce ediciones y traducida a siete idiomas europeos.

En esta síntesis hemos suprimido párrafos y frases y corregido datos conforme a la biografía cierta actual. Es como una introducción sobre el santo autor de las Poesías que van en segundo lugar.

Las místicas Poesías las reproducimos por la edición que de ellas hizo el P. Valentín de San José, con el título «El Gran Poeta» (Segovia 1929) en tamaño divulgador de bolsillo.

Los autores de este libro son dos venerables carmelitas; P. Cristóbal siendo Prior en 1926 del convento natal de Santa Teresa de Avila y el P. Valentín siendo Prior del convento sepulcro de San Juan de la Cruz en Segovia. Los dos convivieron en Segovia durante los años 1927-30, aquel como Maestro de Novicios y el otro como muy joven Prior del Noviciado, coincidiendo con la inauguración del artístico sepulcro actual que guarda los restos del Santo. Los dos volvieron a convivir en saludable ancianidad en el Desierto de San José de Batuecas, donde los tuve de súbditos y puedo afirmar sus grandes virtudes de perfectos carmelitas. Aquí murieron a la misma alta edad de 93 años en 1974 y 1989. Tengo suma satisfacción en recordar su memoria con estas páginas.

El editor

Fr. Matías del Niño Jesús

Desierto de San José de Batuecas, 25 mayo
1993.

AL LECTOR

Ensalcemos a los varones ilustres y padres nuestros... Sus cuerpos descansan en paz y el nombre de ellos vive de generación en generación. Celebran los pueblos su sabiduría y anuncia la asamblea sus alabanzas (Eccl. XIIv, 1,15).

Con este encomiástico exordio comienza el Libro del Ecco., los grandes elogios que nos hace de aquellos insignes varones, esclarecidos Patriarcas y Profetas, columnas fortísimas en medio del ruinoso edificio de la Humanidad, invitándonos a cantar sus alabanzas. A esta invitación deseo yo corresponder según la pequeñez de mis fuerzas, con estas notas biográficas, para dar a conocer los principales rasgos de la vida de S. Juan de la Cruz, de esa antorcha brillante que la Iglesia ha colocado sobre el candelero del Doctorado, para que, cual astro de primera magnitud ilumine con sus resplandores los intrincados caminos por donde las almas suben a la sublime montaña del místico Carmelo, donde sólo

mora *la gloria y honra de Dios*; y donde se miran unidos con unión dichosa e inefable: *Amado con amada*. Amada con el Amado transformada».

No es mi intento, ni ello fuera posible, en un compendio como éste, dar noticia completa y detallada de la vida y escritos del gran Doctor Carmelitano. Invito a los amantes del Santo y a todos los que quieran conocerle a fondo recurran a la fuente que son sus obras, y a las extensas biografías que de él se han escrito. Quiera el Señor que sean muchas las almas que vayan a beber en esas fuentes cristalinas las aguas puras de la ciencia y la virtud que en ellas el Santo vertió a raudales.

Es todo lo que anhela en este pequeño trabajo el más humilde admirador e indigno hijo de San Juan de la Cruz.

El autor

Fr. Cristóbal de la V. del Carmen

(24-VIII-1926)

VIDA
del místico doctor
SAN JUAN DE LA CRUZ

**Patria, padres y hermanos de San Juan de
la Cruz**

En Fontiveros, Diócesis y provincia de Avila, por los años de 1542 nació un niño que recibió con las aguas bautismales el nombre de Juan. Fueron sus virtuosos padres D. Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez; él natural de la villa de Yepes y ella de la ciudad de Toledo. El de familia noble y acomodada, ella de padres humildes y necesitados, quienes la dejaron huérfana en sus tiernos años, viéndose forzada a buscar el sustento con su trabajo en casa de una virtuosa señora, que pasándose de Toledo a Fontiveros la llevó consigo. Allí la conoció D. Gonzalo en los muchos viajes que hacía para Medina del Campo. Viendo que era honesta y recogida, y estimando su virtud más que la dote, que otra pudiese ofrecerle,

sin reparo a las habladurías del mundo, ni la oposición de su familia, que con tal casamiento se creía ofendida, se unieron con el santo vínculo del matrimonio en la misma villa de Fontiveros.

Desechado D. Gonzalo de su familia y privado de los recursos materiales, a causa de su humilde casamiento, hubo de acomodarse al trabajo y aprender el oficio de tejedor de sedas y buratos, que ya sabía y ejercitaba su virtuosa mujer; teniendo por mejor, ganar honradamente la comida, que no por otros medios, menos trabajosos, pero también menos cristianos.

Tres hijos les dio el Señor, y tales, como podía esperarse de tan santo matrimonio. Fue el primero Francisco de Yepes, que llegó a ser con el tiempo, aunque seglar, persona de vida ejemplarísima, de alta oración y trato con Dios, sin que el estado de matrimonio le fuese impedimento para esto. Murió en Medina del Campo con opinión de Santo.

El segundo hijo se llamó Luis, que en su tierna edad se fue con la inocencia al cielo, tomando la delantera a sus hermanos.

El tercero fue nuestro Juan, corona y remate de tan santa generación.

Muerte de D. Gonzalo y esmero de Dña. Catalina en educar a sus hijos

Tierno aún el niño Juan, murió su padre D. Gonzalo, quedando Dña. Catalina con sus dos hijos, pobres y desamparados de favores humanos, pero muy ricos en virtudes y estimados de Dios, que nunca abandona a los pobres que en El ponen su confianza. Criaba a sus dos hijos la desconsolada viuda, no con menor vigilancia que pobreza, atenta a que fuesen buenos, ya que no les podía dar el ser ricos, deseando que por una buena educación aspirasen a la verdadera riqueza de la virtud, fácil de alcanzar a cualquier pobre. Enseñábales con cuidado los principios y fundamentos de nuestra santa fe, y a rezar y asistir al templo con respeto y devoción, a temer a Dios y respetar al prójimo; persuadida de que, estos primeros gérmenes de virtud, que se siembran en el corazón e inteligencia de los niños, son los que más tarde han de dar sazonados frutos. Pues, *«según sean los caminos que el hombre emprende en su juventud, dice el libro de los Proverbios (XXII,6) así será en la edad madura»*. Y la experiencia enseña que, el aroma que por más tiempo conserva una vasija, es el del primer licor que en ella echaron.

Con esta buena educación que le daba su

madre, pronto se despertaron en el niño Juan las luces de la razón y la inclinación a la virtud; desarrollándose en él, al mismo tiempo que un cuerpo sano y robusto, un ánimo apacible, obsequioso y obediente para con su madre, e indulgente y caritativo para con todos: señalando ya estas flores de su niñez, los sazonados frutos que en su edad madura había de dar a la Iglesia con su virtud y talento.

La tierna devoción que su madre le había inspirado hacia la Santísima Virgen le hacía recurrir a ella en todos sus apuros. Y esta Madre amantísima, que se complace en socorrer a los que la invocan, prendada de la hermosura de aquella alma, y del candor de corazón con que la invocó en un lance apurado de su vida, acudió presurosa a librarle del peligro.

Hallábase un día el niño Juan con otros de su edad junto a una balsa de abundantes aguas, tirando con fuerza unas varitas que hacían bajas hasta el fondo de la balsa, volviéndolas a coger en el momento que salían a la superficie del agua. En una de estas operaciones, tal vez por la violencia con que se abalanzó a coger la varita, vino a dar con su cuerpo en el fondo de la balsa, donde hubiese perecido ahogado, si no hubiera venido

en su auxilio aquélla a quien tantas veces había invocado. Apareciósele visiblemente la Santísima Virgen rodeada de hermosura y resplandor, y le ofreció su cariñosa mano para salir del peligro. Pero viendo aquella mano tan hermosa y resplandeciente, rehúsa darle la suya tan enlodada, temeroso de mancillar con ella tanta blancura y pureza. Continuaba la Stma. Virgen ofreciéndole su mano y sosteniéndole milagrosamente sobre las aguas, hasta que a los gritos de los demás niños se acercó un labrador, quien alargando la aguijada con que hostigaba la yunta asíóla el niño Juan y asido a ella, pudo atraerle hasta la orilla, sereno y tranquilo como si nada hubiera pasado.

Quedó desde entonces muy fija en su alma la idea de la Stma. Virgen, con tierno amor y agradecimiento hacia ella, por el beneficio que le acababa de hacer, librándole de las aguas de la balsa.

Trasládanse a Arévalo y a Medina

Sus primeros estudios

La necesidad material en que se hallaba Catalina Alvarez, sin que bastase a remediarla el

trabajo de sus manos, por ser el lugar corto y desacomodado para quien había de vivir de solo su trabajo la obligó a buscar otro sitio más abundante, trasladándose con sus dos hijos a Arévalo, y no encontrando aquí tampoco acomodo, pasaron a Medina del Campo, rica y populosa entonces por la afluencia de sus mercados.

Iba creciendo el niño Juan, más que en la edad, en prendas de cordura y de virtud. Quiso su madre que aprendiese algún oficio para que la ayudase en su pobreza; pero después de ensayar varios, hubo de convencerse que, no obstante la aplicación y talento del niño, y el empeño que ponía por obedecer a su madre, no se daba maña para ninguno, por lo que determinó enviarle a estudiar al Colegio de la Compañía, donde daban lecciones de catecismo y letras, para niños pobres.

Acudía presuroso el niño Juan a la clase todos los días, después de haber ayudado a Misa, con gran devoción, en el Convento de la Magdalena de las Monjas Agustinas.

Era pobre y desamparado, pero dotado de un talento poco ordinario y de una memoria felicísima, juntamente con un corazón piadoso y compasivo se granjeó las simpatías y el aprecio

de todos. Fijóse en estas buenas cualidades de Juan, D. Alonso Alvarez, Administrador del Hospital general de Medina; y pareciéndole que podía admitirle en el Hospital para asistir a los enfermos y al mismo tiempo apoyarle en sus estudios, y que una vez ordenado sacerdote podía quedar de capellán y Director espiritual de los enfermos, se lo propuso a su madre, y como era pobre y necesitada, a todo se avino gustosa. Y el niño obediente siempre a las indicaciones de su madre aceptó sumiso y contento de que allí se le ofrecía ocasión de ejercitar la caridad con los pobres.

Recién entrado en el Hospital (1554), quiso el Señor mostrar de nuevo, cuánto cuidaba de la vida de aquel niño, y la Santísima Virgen el gran amor con que atendía. Había en el patio del Hospital un pozo hondo y abundante de agua, sin brocal. Cayó en él nuestro Juan inadvertido del peligro, y a los gritos de los que lo vieron, acudieron otros muchos, asomándose todos a la boca del pozo y discurrendo el modo de poderle sacar; pero al que creían hundido en el fondo de las aguas, le hallaron muy tranquilo sentado sobre ellas y contestando a las voces que le daban. Echáronle una soga, a la cual atándose y asiéndose

él mismo, salió bueno y sano, con admiración de todos los que le asediaban a preguntas sobre el prodigio; a lo que el Santo contestaba con sencillez y candor angelical, «que una Señora muy hermosa (que siempre creyó ser la Virgen Santísima) le había recibido al caer en su manto, y le sostenía sobre el agua, hasta que le sacaron fuera». Con esto creció en todos el aprecio y la admiración por un niño que así veían favorecido del cielo.

Tenía a la sazón 12 años, y su esmero, puntualidad y constancia en el cuidado de los pobres enfermos tenían encantado a D. Alonso, no menos que agradecidos y contentos a los enfermos, y admirados y edificados a cuantos le observaban y veían tan excelentes virtudes en tan corta edad. Continuaba asistiendo al Colegio de la Compañía donde estudió gramática, retórica y Humanidades.

Norma de buen estudiante en el ejercicio de toda virtud

Acudía a la oración como a escuela celestial, donde el Maestro soberano esclarecía su enten-

dimiento y aficionaba la voluntad para seguir lo eterno, despreciar lo caduco, conocer la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio. En ella era enseñado cómo había de negar su propio querer, y mortificar sus apetitos, desasirse de todo sensible afecto, y asirse a la fortaleza de la Fe, en cuya ilustre oscuridad hallaba unos resplandores soberanos. Este era el fruto que Juan sacaba de la oración, y así acudía a ella con gusto y con frecuencia. Ejercitaba desde esta edad la doctrina que más tarde había de enseñar cuando dice: instruyendo al que ha de caminar a la perfección: *«El primer cuidado que se halle en ti, procura sea una sed ardiente y afecto de imitar a Cristo en todas tus obras, estudiando de haberte en cada una de ellas con el modo que el mismo Señor se hubiera»*.

«Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida, y la Puerta por donde ha de entrar el que quisiese salvarse» (Avisos del Santo).

Por esta regla viva de Cristo Crucificado, modelo de todo buen cristiano, medía Juan todas sus acciones, no queriéndose guiar por el ejemplo engañoso de los hombres; por eso decía él también en otro de sus avisos: *Nunca tomes por*

ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea; porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones; sino, imita a Jesucristo que es sumamente perfecto y sumamente Santo, y nunca errarás».

Quien se apoyaba en tan sólidos cimientos para levantar el edificio de la perfección, no podía menos de hacer en ella grandes y aventajados progresos. No le llevaban los ojos espectáculos profanos, ni la voluntad bienes caducos, ni del mundo admitía más que el desprecio. El Colegio, la iglesia y el hospital, eran su alternada habitación.

Con las fuerzas vitales que su espíritu recibía en la oración era tan firme y tenaz en seguir los dictados de su conciencia, que no había dificultades, ni contradicciones que pudiesen hacerle desistir de lo que entendía ser voluntad de Dios; conducta que observó con admiración toda su vida.

Su piedad no era hija del sentimiento, sino de la meditación y serena reflexión. No por eso se mostraba adusto o melancólico para con los demás, antes al contrario, era dulce, servicial, y expansivo cuando llegaba la ocasión de tomar honesta recreación, haciéndose agradable a to-

dos por la cordura, modestia y suavidad en su trato.

Junto con estas virtudes practicaba grandes austeridades para con su cuerpo, sometiéndole a la cama dura, al ayuno y a la disciplina, para refrenar en él las viciosas tendencias de los sentidos, convencido de que son ellos ministros de nuestra ruina, si no se les refrena, así como lo son de nuestra santificación, si se les tiene siempre nivelados a las exigencias del espíritu. Comprendió que el blanco lirio de la pureza no es fácil de conservarle intacto, si no es entre las espinas de la mortificación y el calor de la devoción a la Santísima Virgen, lo cual, por no tener en cuenta muchos jóvenes pierden lastimosamente e inconsideradamente esa flor delicadísima, y con ella la vida y hermosura del alma, y últimamente la robustez y lozanía del cuerpo.

De su oración, a juzgar por estos efectos, ya que nos dice el mismo Santo que son los que dan testimonio de la oración que cada uno tiene, hemos de decir que era de las muy elevadas, que era uno de esos grados de oración de unión con Dios, en los que el alma se desvive por servirle, y anda ansiosa de conocer su voluntad para cumplirla.

En estas ansias amorosas andaba ocupado el Santo mientras hacía sus estudios y servía en el Hospital, interrogando a Dios con frecuencia, le diese a conocer su voluntad, dispuesto siempre a seguirla por encima de todos los obstáculos que a ello se opusiesen. No haciendo como los que piden a Dios se cumpla en ellos su voluntad, pero después no la siguen, sino cuando la voluntad de Dios se acomoda a la de ellos.

Ingresa en la Orden del Carmen

Sintiéndose llamado a la vida religiosa, no sabía a qué Orden encaminarse, aunque eran cada día mayores las ansias de ingresar en alguna. Mas pronto le sacó el Señor de la duda, porque llegándose un día al convento de Santa Ana de Medina del Campo, recientemente fundado allí por los Carmelitas, se agradó tanto del hábito, y recibió tal ilustración interior al verle, que quedó determinado a pedirle allí. Persuadióse más ser esto la voluntad de Dios cuando se enteró de que esta Orden tiene por Madre y Protectora a la Santísima Virgen, pues poniéndose a su servicio, podía corresponder de alguna manera a los mu-

chos y singulares beneficios que de ella había recibido. Comunicó sus intentos, no con los amigos y parientes del siglo, que suelen ser casi siempre el más tenaz obstáculo para los que de veras se quieren entregar al servicio de Dios, sino con su confesor, y con los mismos religiosos, quienes viendo las buenas disposiciones y ejemplar conducta del sujeto, le abrieron gozosos las puertas del Convento, imponiéndole el hábito de la Orden a los 21 años de edad el de 1563. Cambió el sobrenombre de Yepes por el de *Santo Matía*, que más tarde había de mejorar con el de *La Cruz*.

Revestido con la librea de la Orden de la Santísima Virgen, empezó, cual valeroso soldado, a seguir la bandera de Jesucristo y a ejercitar las armas de la milicia religiosa con tanto brío, espíritu y fervor, que dejaba atrás a los muy aventajados, siendo la admiración y ejemplo de todos, que veían en él, no a un novicio inexperto, sino a un aventajado maestro de perfección.

Acudía puntual y fervoroso a todos los actos de Comunidad; buscaba para sí lo más humilde y trabajoso, prestando a todos los religiosos la más rendida obediencia, y cuantas atenciones podía; porque a todos los consideraba superio-

res, y al superior de la casa, como a representante del mismo Dios; por eso dejó dicho en sus cautelas a un religioso;

«Jamás mires al Prelado, como a menos que a Dios, sea Prelado quien fuere, pues le tienes en su lugar. Procura siempre humillarte en el pensamiento, en la palabra y en la obra, holgándote del bien de los otros como del de ti mismo y queriendo que los antepongan a ti en todas las cosas, y esto de verdadero corazón».

Hace su profesión, emprende la observancia de la primitiva Regla y estudia en Salamanca

Pasado el año del noviciado con tanto fervor, hizo su profesión el año 1564 en la misma casa de Medina, en manos del Padre Provincial Fray Angel de Salazar, asistiendo a la ceremonia su antiguo protector y Director del Hospital, D. Alonso Alvarez de Toledo.

Viéndose ya unido con Dios por los tres lazos de los votos religiosos, y consagrado al servicio de la Santísima Virgen, no se hartaba de dar gracias a Dios, por tan singular beneficio como le

habían hecho, llamándole al estado religioso. Conoció bien, cuánto mejor es ser depreciado en la casa del Señor que vivir honrado y regocijado en los palacios del mundo (Ps. 38,11).

Estando, pues, nuestro Juan con este gozo, y deseando cada día mejorarse y conformar más y más su vida con el divino modelo Jesucristo para agradar más a Dios, lo primero en que puso los ojos fue en la Regla de su Orden para saberla y guardarla con la mayor puntualidad y perfección que fuese posible. Y hallando, que estaba mitigada por el Papa Eugenio IV en 1431, aunque en lo exterior se conformaba con los demás, para no llamar la atención, en lo secreto, con permiso de los superiores guardaba exactamente la regla primitiva declarada por Inocencio IV en 1248: fijándose principalmente en aquel capítulo que manda orar día y noche.

Este ejercicio santo abrazó con toda su alma, y lo asentó en lo íntimo de su corazón, donde echó tan profundas raíces, que vino a producir soberanos frutos de altísima contemplación.

Viendo los prelados de la Orden el aventajado ingenio del Santo y la mucha virtud que en él resplandecía, y que pudiera ser lucidísima antorcha para la Iglesia y para la Orden, le enviaron a

Salamanca a estudiar Teología en el Colegio que allí tenía la Orden, asistiendo al mismo tiempo a la Universidad al estudio de artes.

En aquel centro del saber, donde tan admirablemente se hallaban unidas la ciencia y la virtud, juntando sus profesores, a una vastísima erudición la práctica de la oración, hizo nuestro Santo grandes progresos en ambas cosas, merced a su aplicación y a la clara inteligencia de que Dios le había dotado.

Buscaba en la oración luces para la inteligencia de lo que estudiaba, y en el estudio conocimiento para perfeccionarse en las vías de santidad. Los que entonces le conocieron afirmaron que, atendido su modo de vida y la clara penetración de las ciencias, parecía su alma un sagrario de pureza y arca de los divinos secretos. En estas disposiciones se hallaba nuestro Juan cuando los superiores pensaron elevarle a la dignidad del sacerdocio.

**Ordénase de misa, es confirmado en gracia
y se ofrece a empezar la Reforma**

Llegado el año 1567 y terminados sus estu-

dios de Teología y artes a los 25 años de edad, los superiores le mandaron se ordenase de misa. Después de ordenado, vino a Medina a cantar su primera misa por dar a su madre este consuelo.

Preparóse a recibir esta misericordia con largas vigiliias, con fervientes deseos, y con tan profunda humildad, que mereció el favor de ser confirmado en gracia. Deseaba para ejercer dignamente tan alto ministerio, que su alma estuviese desde aquel dichoso día íntimamente unida con su Dios, y que nunca se apartase de El, al menos con ofensa alguna grave. Esta era su ansia, esta su continua súplica a Jesús y a su Madre Santísima; súplica que fue tan fervorosa el día de su primera misa que dijo al Señor: *«¡Oh Dios y Señor mío, yo no me apartaré del altar hasta merecer la dicha de ser confirmado en gracia!»* Cuando así oraba, oyó que el Señor le decía: *«Yo te concedo lo que me pides»*.

Quedó el devotísimo Padre bañado en gozo, lleno de humildad, y colmado de reconocimiento a tan soberano beneficio, y sintió en su alma una espiritual renovación por modo tan delicado que nunca supo explicar. Después de este don tan raro y admirable, se creyó el bendito Santo mucho más obligado para con Dios; así es que,

volviendo a Salamanca para perfeccionar sus estudios teológicos en la Universidad se dio a una vida de más oración, de más recogimiento y mortificación, y pareciéndole que en su Orden no encontraba todo aquello por lo que tanto ansiaba su espíritu, determinó en su corazón pasarse a los Cartujos.

Mientras que nuestro Santo resolvía en su mente estos deseos de vida más áspera y retirada, la Santa Madre Teresa de Jesús se encontraba en Medina, haciendo la segunda fundación de la Reforma, que dio principio en San José de Avila entre las personas de su sexo el 24 de agosto de 1562. Mucho deseaba la gloriosa Santa se estableciese también entre los religiosos este bien de la Reforma de que gozaban ya por la bondad divina las religiosas; pedía al Señor con instancias le concediese esta gracia: tenía para procurarlo licencias del Reverendísimo Padre General, pero le faltaban sujetos para emprender obra de tanta perfección; no sabía a quien comunicar los secretos de su corazón, mas no por eso desmayaba su magnánima esperanza. Determinóse a decirlo al P. Fray Antonio de Heredia, Prior a la sazón del monasterio de Santa Ana; y le parecieron tan bien los proyectos de la Santa que se

ofreció de muy buena voluntad a ser el primero que se descalzase.

Mucho alegraron a la Santa en un hombre de 50 años tan santas resoluciones; sin embargo, no quedó del todo satisfecha, pues aunque le tenía por buen fraile, para principio semejante no le pareció sería ni tendría espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado. Por lo cual, la Santa le agradeció su buena voluntad, pero le aconsejó que dejase su resolución para más adelante, y que entretanto se ejercitase en las cosas que debía prometer. Continuaba la Santa sus diligencias, y no cesaba de suplicar a la Virgen Santísima le diese a entender quién era el destinado a dar principio a la santa Reforma entre los religiosos.

Estando en estos deseos la Santa, llegó de Salamanca a Medina el Padre Fray Pedro Orozco acompañado de nuestro Santo, el cual venía con alegría al ver que en Medina tendría más proporción para negociar su tránsito a la Cartuja.

Llegados a Medina, habló el Padre Fray Pedro con nuestra gloriosa Madre sobre asuntos graves de la Orden, y en particular sobre el asunto de la Reforma. Con esta ocasión la Santa, sin decirle nada de lo tratado con el Padre Fray

Antonio, le descubrió el pensamiento de buscar frailes que diesen principio.

A lo que el Padre le dijo, cómo tenía uno en su compañía, aunque mozo, de rara virtud y aventajado espíritu, y tal, cual para el intento se podía desear. Prendadísima quedó la Santa Fundadora y alborozada con tales nuevas, asentándosele desde entonces en su corazón, que ese era el religioso que Dios le enviaba. Pero mucho más gozosa y satisfecha quedó, así que logró la ocasión de hablarle y penetrar, por especial don del cielo, los grandes fondos de aquel celestial diamante. *Mi hijo, le dijo la Santa cuando él le hizo saber sus intentos de ir a la Cartuja, tenga paciencia y no se vaya a la Cartuja, que ahora tratamos de hacer una Reforma de descalzos de nuestra Orden, y sé yo, que se consolará con el aparejo que tendrá en ella para cumplir todos sus deseos de recogimiento, retiro de cosas de acá, oración y penitencia, y hará un gran servicio a Dios y a su Madre».*

Mucho agradaron al Santo las palabras de la Santa Madre, y convino, en efecto, ser uno de los religiosos de la Reforma si no se dilataba mucho la ejecución de aquella empresa.

Gozosísima quedó con esto la valerosa Fun-

dadora, viéndose con dos Frailes para dar principio a esta obra del Cielo. Resueltos ya, tanto el Padre Fray Antonio de Jesús, como el Santo Padre, a ser los primeros Descalzos, dispuso la Santa Madre que el Padre Fray Antonio se quedase en Medina para disponer lo necesario, dar cuenta al Provincial de su persona y oficio, renunciarlo en sus manos y prometer la Regla primitiva; y que nuestro Santo pasase a la fundación de Valladolid para que viera allí la manera de vivir de las religiosas y aprendiese el orden de vida regular que debían observar los religiosos, con el fin de que hubiese uniformidad en ambas familias.

Entre tanto, no descuidaba la Santa Madre procurar las licencias necesarias para establecer a sus religiosos en la diócesis de Avila. Un caballero de esta ciudad, la tenía ofrecida una casa de labranza que poseía él en Duruelo, aldea pequeña entre Fontiveros y Peñaranda. Deseosa de comenzar su empresa, envió desde Valladolid a nuestro Santo con un albañil para arreglar algo la casa y con algunas cosas, pocas y pobres, para el altar.

Comienza San Juan de la Cruz la Reforma de los religiosos en Duruelo

Cumplía San Juan de la Cruz 26 años al emprender este camino desde Valladolid a Duruelo a últimos de setiembre. Cuando llegó al sitio, tan pobre y reducido, que según la Santa, parecía un portalicio de Belén, no se acobardó nuestro héroe.

Empleó hasta el 28 de noviembre en limpiar y acomodar la casa para convento. Del establo hizo iglesia; del desván coro, y de algunas habitaciones contiguas, hizo celdas y cocina. Los adornos de la iglesia todos se reducían a cruces y estampas de papel: y los mismos, con alguna calavera, adornaban el resto del Convento.

Aunque el Santo se vistió el hábito de Descalzo, hecho por Santa Teresa, al llegar a Duruelo, prometió guardar hasta la muerte la Regla primitiva de Nuestra Señora del Monte Carmelo, sin mitigación, la toma de posesión del Convento y el establecimiento de la primera Comunidad de Carmelitas Descalzos no se verificó hasta el 28 de noviembre, que llegaron sus dos compañeros: el Padre Antonio Heredia, que cambió este apellido por el *de Jesús* y el Hermano José de Cristo.

El Santo cambió el sobrenombre de *Santo Matía* por el *de La Cruz*

De la vida santa y ejemplar que allí hacían aquellos tres fervorosos Carmelitas, oigamos lo que nos dice la Madre Fundadora en el libro de sus Fundaciones.

«Nunca, decía la Santa Madre, se me olvidará la devoción que infundía aquel lugar. Tenían una cruz pequeña de palo para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada... Supe que, después que acababan Maitines hasta Prima, no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve en los hábitos cuando iban a Prima y no haber sentido. Iban a predicar legua y media y dos leguas descalzos, y con harta nieve y frío, y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa». Este testimonio de la Santa, dice lo bastante, ya de la vida penitente, ya del celo santo de nuestro bendito Padre por la Gloria de Dios y por la salvación de las almas. Por tales medios empezó la Reforma entre los frailes Carmelitas, tan deseada por Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Quedó por primer Prelado de la Reforma el Padre fray Antonio de Jesús, y por maestro de novicios nuestro Santo; elección tan acertada, provechosa y excelente, como se vio después por sus copiosos frutos, pues elegido por Dios y por la Santa Reformadora, adoctrinado por ella en las cosas de Reforma y dotado de un talento privilegiado, enriquecido con ciencia celestial, y ansioso de ser una copia viva de Jesús Crucificado, era el más a propósito para formar el verdadero espíritu a los nuevos hijos del Carmelo. Ejercitó este oficio, primero en Duruelo, después en Mancera y en Pastrana, y en todas partes iba dejando el suavísimo olor de sus heroicas virtudes. Por medio de este celo comunicaba su espíritu a las primicias de su Orden, y hacía de ellas ángeles por su pureza, anacoretas por la mortificación y la soledad, y por su oración y trato íntimo con Dios perpetuos adoradores de la Soberana Majestad.

Trasládase la fundación a Mancera

Poco tiempo pudieron permanecer en la pobre casita de Duruelo, pues se vieron en la pre-

cisión de trasladarse a una villa poco distante, llamada Mancera, donde una piadosa familia les ofrecía una casa. La fama de santidad, el buen olor de las virtudes y doctrina de los hijos de la nueva Reforma, se fue poco a poco extendiendo por muchas provincias de España; por lo cual, movidos muchos, venían a solicitar ser admitidos en un instituto en donde tanta perfección se profesaba.

Recién hecha la traslación a Mancera se fundó con otros que se habían pasado de los calzados y novicios que pidieron el hábito, una nueva comunidad en Pastrana, y a 30 de octubre de 1570 enviaron allá al Santo para que implantase la observancia regular, y formase con su aventajado espíritu el de 14 novicios que allí estaban reunidos.

Con un maestro tan excelente, salieron los novicios muy ejercitados en oración y penitencia, y de tanto espíritu, que honraron después, la nueva Reforma, realizando aquella promesa que el mismo Jesucristo hizo a su Esposa Santa Teresa: «*Espera un poco, hija, y verás grandes cosas*».

Gozoso estaba San Juan de la Cruz en aquella amable soledad y en medio de almas tan es-

pirituales; pero el Señor, no quiere se oculten bajo el celémín las luces santas evangélicas, sino que se pongan en parte donde luzcan para todos, inspiró a los superiores le trasladasen a Alcalá (1571) para formar con sus ejemplos admirables el primer colegio que tuvo la Reforma en aquella célebre Universidad, a la que acudían los colegiales Carmelitas, por carecer entonces la Reforma de colegio propio.

La modestia, la humildad, la mortificación y compostura de los estudiantes Carmelitas fue tal, que llamaban la atención de los catedráticos y escolares de aquella ilustre escuela. Les admiraba el modo con que hermanaban tanta austeridad de vida con una asidua aplicación al estudio. Sintiendo mucho los virtuosos profesores perder tal ejemplo, cuando los Prelados de la Orden formaron lectores y colegio dentro de la misma Religión, donde se educasen con más retiro sus jóvenes estudiantes. Con las importantes lecciones de nuestro Santo, sus religiosos salieron tan aventajados, aun en las ciencias filosóficas, que pudieron escribir la célebre obra de Filosofía llamada *Complutense*, que es la mejor exposición de la doctrina del Angélico Maestro Santo Tomás. De este modo fue recorriendo el Santo to-

das las primeras fundaciones de la Descalsez y formando el espíritu de sus primeros profesores, como padre legítimo que había recibido por Teresa el espíritu doblado del gran Profeta Elías.

Nómbrenle confesor de las monjas de la Encarnación de Avila

En octubre del año 1572 nombraron a Santa Teresa Priora de la Encarnación, la cual, viendo las necesidades espirituales de aquella comunidad, pidió al Visitador Fray Pedro Fernández, Dominicano, le diese por confesores de aquellas religiosas al Santo y a otro Padre, descalzo también, llamado Fray Germán.

Vino en ello con gusto el Padre Visitador, y fueron tales los frutos de salvación que recogió aquella Comunidad con el ejemplo y celestial doctrina de los religiosísimos Padres, que Santa Teresa no hacía sino bendecir al Señor, viendo la perfección de sus hijas, debida al celo santo del bendito Padre. Trataba a las religiosas con humildad, gravedad y amor. Ninguna hallaba en él motivo de queja, porque a todas las trataba sin particular afecto. Hacíalas fervorosas pláticas y

explicábales los grados de la oración; dándoles a conocer las dulzuras del divino amor, y la necesidad que tenía el mundo de las casas religiosas para detener las justas iras del Señor. También supieron aprovecharse aquellas siervas de Dios de los ejemplos y doctrina del Santo, que en breve quedó la comunidad transformada en un paraíso.

Mucho honró el Señor a su siervo en el tiempo que permaneció en Avila, y mucho le acreditó con las maravillas que por él obró. Cayó enferma Doña María de Yera, religiosa de la Encarnación; fue la enfermedad tan rápida que murió sin tiempo para administrarla los Santos Sacramentos. Avisaron las religiosas al venerable Padre y turbadas y llorosas dijeron: «Buena cuenta ha dado V.R., Padre nuestro, de su hija; ¿cómo es esto, que la ha dejado morir sin Sacramentos?». Calló el siervo de Dios, y, retirándose en silencio, se fue al coro a pedir al Señor le restituyera la vida. Estando el Santo en oración, comenzó la difunta a mudar de semblante y dar señales de haber oído el Señor la súplica de su siervo; al punto, con la admiración que se deja comprender, avisaron las religiosas al bendito Padre, quien acudió a la celda para proporcionarle todos los

socorros con que acostumbra la Iglesia nuestra Madre aliviar las agonías de la última hora; después de lo cual, animándola a la santa resignación de la voluntad de Dios, volvió a entregar su espíritu en las manos de su Criador. No menos maravilladas quedaron las religiosas de lo raro del suceso que de la santidad del bendito Padre y eficacia de su oración.

Por otro nuevo modo las quiso el Señor confirmar en su opinión. Estando un día de la Santísima Trinidad hablando de tan soberano como regalado misterio con Santa Teresa, el Venerable varón sentado en una silla por la parte de fuera, y la Santa en un banco por dentro del locutorio, después de haber discurrido alta y suavemente del inefable misterio, tanto se engolfó su bendita alma en aquel inmenso océano, tanto se incendió su fervoroso espíritu, que no pudiendo resistir la flaqueza de los sentidos, se rindieron a la fuerza divina, y el Santo, asiendo con las manos la silla que ocupaba, se levantó en alto. La Santa que estaba atenta a las palabras del endiosado varón, recibiendo en sí los divinos efectos, experimentó la misma violencia y quedó arrobada. Por eso y por otras muchas ocasiones en que, la Santa contempló las continuas suspensiones de este

fiel siervo, solía decir: *«que no se podía hablar de Dios con el P. Fray Juan, porque luego se transponía y hacía transponer»*.

Consoló un día el Señor a su amigo, estando orando y en profunda meditación sobre los dolores que Jesucristo nuestro amante Redentor había padecido en la cruz. Representósele a los ojos corporales llagado, desconyuntado, sangriento y tan afeado como sus enemigos lo dejaron. Lo que causó en su alma tan lastimera figura no es posible decirlo; pero quedóle tan impresa que, pasada la visión, pudo dibujarla en un papel, que con religiosa veneración conservan las monjas de la Encarnación de Avila.

Mercedes semejantes dieron tanto crédito a Fray Juan de la Cruz, que ya no sólo en su convento, sino en todos los de Avila, y aun en muchas personas seglares, causaron admiración y fruto. Corría ya por la ciudad la fama de su santidad y poder para con Dios, y ansiosos los fieles de gozar de su doctrina y dirección acudían al confesionario para curar sus enfermedades espirituales. Reconciliaba a los pecadores con Dios; dábales lecciones y consejos saludables, con que les alentaba para la virtud, y todos admiraban en aquel pobre Descalzo un varón a quien Dios había hecho poderoso en palabras y obras.

En diversas ocasiones quiso Dios atestiguar con sucesos maravillosos esta verdad. Había en un Monasterio de la ciudad una religiosa de mucha perfección, a quien el demonio, envidioso, principió a inquietar con grandes tentaciones contra la pureza, contra la fe, y no pocas de blasfemia. Comunicó la sierva de Dios su trabajo con el bendito Padre, el cual la consoló mucho y animó contra la pelea; mas no desconfiando el demonio de ganar aquella alma para sí, tomaba algunas veces figura del Venerable Padre: llamábala al confesionario, y la volvía a poner en un estado tristísimo de pena y aflicción, y cuando el verdadero confesor venía, conociendo los ardidés del tentador, determinó pedir al Señor con ayunos y fervorosa oración librase a su sierva de aquel peligro, con lo cual, y con conjuros y exorcismos, consiguió vencer al enemigo y volver la deseada paz a aquella alma.

El que era fuerte contra los demonios, no lo fue menos contra los vicios. Había en la ciudad una joven demasiado desenvuelta, que con sus galas y maneras era un verdadero lazo de pecado a los incautos. Sus parientes lamentaban su modo de proceder y deseando sacarla de aquel estado, la aconsejaron se confesara con el Descalzo

Carmelita. Resistiólo al principio; pero vencida por los impulsos de la gracia, vino a sus pies y en breve se la vio con edificación mudar de vida.

Es llevado prisionero y sale de la cárcel milagrosamente

Por el gran deseo que el Santo tenía de sufrimientos, permitió Dios que fuese afligido en su cuerpo y en su espíritu. Cogiéronle preso los Padres Descalzos por haber comenzado la Reforma de la Orden y lo llevaron de Avila a Toledo el 4 de diciembre de 1577, donde por espacio de nueve meses sólo Dios y los ángeles saben lo que con una asombrosa humildad y paciencia sufrió, mereciendo que el Señor mismo y la Reina del Cielo le consolaran y animaran de varios modos. Oigamos lo que a este propósito dice la Santa. «Harta pena me ha dado la vida que ha pasado fray Juan y que le dejasen, estando tan malo, ir luego por ahí. Plega a Dios que no se nos mueran». «Yo le digo que trayo delante lo que han hecho con él, que no sé, cómo Dios sufre cosas semejantes, que aún Vuestra Paternidad no lo sabe todo. Todos nueve meses estuvo en una

celdilla, que no cabía bien con cuan chico es, y en todos ellos no le dieron para mudarse la túnica, con haber estado a la muerte». «Procure Vuestra Paternidad que le regalen en Almodóvar, y no pase de allí, por hacerme a mi merced, y no se descuide avisarlo: mire no se olvide. Yo le digo que quedan pocos a Vuestra Paternidad como él, si se muere». (Santa Teresa en carta al Padre Gracián). Estando en esta prisión compuso los versos de la Noche oscura y los del Cántico espiritual que después comentó él mismo en Granada.

Salió de aquella cárcel por indicación y con la ayuda de la Santísima Virgen en 1578, pasando de allí al Convento del Calvario de Andalucía para gobernarle con título de Vicario. Al pasar por la villa de Veas, nuestras religiosas le suplicaron pasase en su compañía unos días mientras descansaba algún tanto y se reponía su salud, tan quebrantada en la cárcel. Ansiosas por consolarle después de tantas angustias, le cantaron una devota letrilla que para las Pascuas habían compuesto, la cual decía así:

*Quien no sabe de penas
En este triste valle de dolores*

*No sabe de buenas
Ni ha gustado de amores,
Pues penas es el traje de amadores.*

Esta significativa letrilla, de tal modo conmovió al gran amador del sufrimiento que quedó suspenso por espacio de una hora, en presencia de las religiosas. ¡Tal era el consuelo que recibía su alma al recuerdo de los trabajos pasados!

**Acredita el Señor la santidad de su siervo
con nuevos milagros**

Llegado al convento del Calvario, y tomada posesión de él como Vicario, luego comenzó a asentar en aquella casa la vida de santidad. La comida ordinaria de los religiosos era de hierbas condimentadas con un poco de ajo; no usaban de aceite más que en los días festivos, ni bebían vino. Las disciplinas, cilicios y todo género de mortificaciones eran sus continuos ejercicios, con los cuales, aquellos siervos de Dios pretendían renovar en el reformado Carmelo los rigores de los desiertos.

Cuando tan olvidados vivían de sí mismos y

tan consagrados a Dios, el Señor cuidaba de proveerles de lo necesario. Un día no tenían pan para comer; sabedor nuestro Santo de esta necesidad, ordenó, sin embargo, que se hiciera señal para el comedor, como de costumbre. Y a falta de pan echó a los religiosos una tan fervorosa plática animándolos al sufrimiento, que volvieron a sus celdas más satisfechos y gozosos que si hubieran gustado los mejores manjares de la tierra. Pero no consintió el Señor que sus fieles siervos pasaran sin el pan de cada día; así es que, apenas se hubieron recogido en sus celdas, llamó un hombre a la portería que traía de limosna una carga de pan y otros manjares. Nuestro Santo, al ver cuán pronto les había acudido el Señor con el socorro, comenzó a derramar lágrimas, pues se echaba de ver, decía él, que no fiaba mucho el Señor de la tolerancia de aquellos religiosos.

Con otra maravilla quiso manifestar su Majestad la virtud del bendito Santo, haciendo que el padre de la mentira diera testimonio de ella. Había en la villa de Ignatorafe un infeliz endemoniado, en quien el enemigo estaba tan encastillado que se resistía a los mismos exorcismos de la Iglesia. Rogaron al Santo viniese a conjurarlo y tomar por su cuenta el remedio de aquella alma.

Apenas se presentó el Santo a la vista del triste hombre exclamó el demonio: «*ya tenemos otro Basilio en la tierra que nos persiga*». Conjuró al poseído e inmediatamente salió el demonio dejándole libre y sano. Quiso Satanás vengarse de esta afrenta, e instigó a una mala mujer, para que fuese a provocar al Santo con acciones menos honestas. Pero el V. Padre conociendo la ponzoña y al autor de ella, le afeó su intento, y la atrevida mujer enmudeció, desistiendo de él. En estos ejercicios de virtud y en la dirección de las religiosas de Veas se ocupó el Santo Padre hasta que la obediencia le encargo, la fundación de Baeza.

Terminada esta fundación a 14 de junio de 1579, fue nombrado Rector de aquella nueva Comunidad, ordenando la observancia con tanta perfección, así en la práctica de la virtud como en los estudios, que pronto fue su Comunidad la admiración de aquella nobilísima Ciudad, acreditándolo así, los aventajados teólogos y predicadores que de allí salieron.

¡Y cómo no habían de darse estos felices resultados, siendo el santo Rector, cuya vida, más era de serafín que de hombre terreno, el que les alcanzaba con su oración las luces del Espíritu Santo!

En el misterio de la Santísima Trinidad vio estando aquí aquellos bienes inefables de la gloria que nos esperan en el cielo, quedando tan inflamado en amor de Dios que haciendo sobre lo mismo una plática a las religiosas quedó por largo rato en dulce suspensión.

Celebraba un día la memoria del Nacimiento del Niño Dios, y después de representar las fatigas de la Virgen y San José buscando posada en Belén, tomó en sus brazos una imagen del divino Niño, y abrazándose con ella, exclamó fuera de sí: «*Mi dulce y tierno Jesús —Si amores me han de matar— Ahora tienen lugar*»; quedóse con esto absorto por mucho tiempo.

Mientras que el Santo vivía en esta casa, el Sumo Pontífice Gregorio XIII concedió por un Breve hacer provincia a parte de Descalzos Carmelitas. Juntáronse los Padres en Alcalá a 4 de marzo de 1581, y en dicho Capítulo, primero de la Reforma, salió nuestro Santo electo tercer Definidor, y en junio siguiente le nombraron Prior del convento de Granada el que elevó a gran perfección. Admirábase en él una fuerza invisible con la que se insinuaba en los corazones y los atraía hacia Dios; quien a su vez se complacía en manifestar con milagros cuán acepta le era la

conducta de su siervo. «Padre nuestro, le dijo un día el procurador, no tiene para mañana la Comunidad qué comer». A lo cual el Santo Prior contestó: *Aun tiene Dios tiempo para proveer-nos*. ¡Caso admirable! cuando estaban los religiosos en Prima llegó un hombre preguntando con afán: ¿Qué necesidad hay en esta casa? No he podido dormir en toda la noche, porque una voz interior me decía: «Tú estás regalado, y con gran necesidad los frailes de los Mártires».

No acabaríamos, si hubiéramos de decir por extenso las providencias de Dios para con esta casa y su Prelado. Fueron tantos los favores del cielo que los religiosos le miraban y oían como a un prodigio de la gracia: sus pláticas eran saetas inflamadas que, herían de amor de Dios el corazón de sus hijos.

Desempeña importantes cargos en la Orden y funda varios conventos

Cuando San Juan de la Cruz dejaba en pos de sí tan esclarecida fama de Santidad y milagros, el Señor le destinaba para desempeñar los principales oficios en aquella Orden de quien era fundador y Padre.

El año de 1585, a 11 de mayo, asistió en Lisboa al Capítulo provincial, en que quedó electo segundo Definidor. Comprendiendo los Padres del Capítulo la necesidad que había de dividir en distritos la provincia, señalaron al Santo el de Andalucía con título, de Vicario provincial. Admirable era el fruto que sus santas visitas producían en los conventos y el amor que su santidad granjeaba en todas partes, así de religiosos como de eclesiásticos y seculares.

Apenas llegaba de visita a los conventos, cuando se le veía asistir el primero a los actos de comunidad y mortificación, sin que le sirvieran de excusa el cansancio y fatigas del camino.

A todos consolaba y daba avisos de más perfección y santidad, alentándolos a la observancia de la santa Regla y Constituciones. Ayudaba a esto el ver los prodigios con que por doquiera iba atestiguando el Señor la santidad de su siervo. Al hermano que en los caminos le acompañaba, curó milagrosamente la rotura de una pierna; en otra ocasión atravesó un caudaloso río para asistir a un moribundo. Fue este acontecimiento muy ruidoso; porque al llegar a la orilla del río, quiso pasarlo en su jumentillo; mas no pudiendo el animal sostenerse por la fuerza de las corrientes,

fue arrastrado por las aguas, dejando al Santo en el mayor peligro, del cual le sacó la Virgen Santísima asiéndole de la capa.

Pasado milagrosamente a la otra parte del río, se apresuró el Santo para llegar a tiempo a una venta donde se hallaba el moribundo y en llegando halló que el infeliz acababa de ser herido de muerte en una riña; consolóle y después le confesó, asistióle por espacio de dos horas, después de las cuales murió reconciliado con Dios y arrepentido de sus pasados desórdenes. La noticia de estas maravillas le hacían ser venerado por todos los pueblos por donde pasaba.

El 18 de agosto de 1586 fundó nuestro Santo en Córdoba el convento de religiosos bajo la advocación del glorioso San Roque. Para realizar el plano del arquitecto, hubo necesidad de tirar una pared vieja contigua a la celda del Santo; pero al venirse la pared a tierra dio sobre su celda y la arruinó. Todos le juzgaron muerto bajo los escombros, le fueron a buscar y le hallaron felizmente sin lesión alguna. «La Virgen María, les dijo, me ha librado».

Tantas fatigas y trabajos iban ya debilitando sus fuerzas, y se conocía que el Señor iba abreviando los días de su destierro. El Santo

suplicaba a su Divina Majestad que antes de morir le concediese tres gracias: la primera, *que muriese siendo súbdito*; segunda, *que le diese en qué padecer por su amor*, y tercera, *que muriese desconocido*».

¡Admirables peticiones que el Señor oyó y despachó como él deseaba!

El año 1587 terminó su oficio de Vicario provincial de Andalucía y fue nombrado por tercera vez Prior de Granada; oficio que no desempeñó más que por un año. Porque en el Capítulo de 1588 fue elegido primer Definidor y tercer Consejero del Consejo General, el cual puso su sede en Segovia y allí tuvo que ir el Santo, siendo nombrado también Prior del mismo convento recién fundado.

Cuando llegó a Segovia, no pareciéndole bien el sitio, mudó a otro más sano y en mejores condiciones, y él mismo con sus benditas manos trabajaba con los peones, y el que más prisa se daba para terminar aquel convento que debía ser devoto relicario de su santo cuerpo.

¡Oh ciudad de Segovia! Tú tienes la dicha inestimable de poseer los restos venerandos, de aquel glorioso Santo, de ese Doctor de la Iglesia que habiendo heredado el doble espíritu de su

santo Padre Elías, es en la presencia de Dios un poderoso mediador y abogado.

Allí está la cueva en pleno campo, a la que retiraba con frecuencia dedicado a la oración contemplando la naturaleza; y allí está ahora en la iglesia el artístico sepulcro que contiene sus restos incorruptos.

En este convento se conserva también un cuadro que representa a Nuestro Señor Jesucristo con la cruz a cuestas: ante él cual haciendo oración el Santo oyó por tres veces estas consoladores palabras: «*Juan, qué premio quieres por todo lo que has hecho y padecido por mi amor*» ¡Oh Señor! ¡Vos estáis coronado de espinas, despreciado y entre dolores y me preguntáis qué premio quiero! Pues Señor, escojo para mí lo que Vos escogisteis por mí, «*quiero padecer y ser depreciado por Vos*». ¡Oh respuesta digna de los amadores de la Cruz! ¿Cómo no había de estar absorto y transformado en Dios, quien así deseaba padecer por él? Por eso en sus pláticas espirituales eran tales los conceptos que su lengua expresaba, que no parecían sino, que su alma había penetrado en los más secretos arcanos de la divinidad.

Desde Segovia se marchó a su amada sole-

dad de la Peñuela. Allí dio rienda suelta a los fervores de su seráfico pecho y a pesar de sus pocas fuerzas era modelo de todos, y como el alma de aquella nueva Tebaida.

También aquí quiso manifestar el Señor con repetidos prodigios la santidad de su siervo. Haciendo cuatro cruces con la capilla en el aire serenó una horrible tempestad que amenazaba destruir los sembrados.

Lo mismo en este convento que donde quiera que le nombraban superior, procuraba que los religiosos, especialmente los jóvenes se aficionasen a la soledad y retiro de criaturas, porque decía él: «El silencio es compañero inseparable de la oración y trato familiar con Dios». Por eso él mismo en este convento y en el de Segovia que tenían más condiciones que otros, se retiraba a la soledad, y se ocultaba entre las peñas o las arboledas para tratar a solas con Dios y meditar sus obras.

Preguntándole en cierta ocasión un religioso, por qué se escondía tanto entre las peñas le contestó: *No se espante hijo, que cuando trato con ellas tengo menos que confesar que cuando trato con hombres. Es el espíritu de los santos ser inclinados a la soledad. Así lo afirma de sí misma*

Santa Teresa, pero esto no les sirve de obstáculo para ponerse en medio del bullicio del mundo, si lo exige así la gloria de Dios. Comprenden que la vida es una lucha en la que cada uno debe tomar la posición que la Providencia le señala, actuando con los medios que la misma pone a nuestro disposición, y para conocer cuál debe ser nuestra posición en la lucha, y qué medios están más en conformidad con nuestro fin necesitamos recurrir a la oración, al trato solitario y silencioso con Dios, que es donde él comunica a las almas sus secretos. Esta es la razón de que los santos amen tanto la soledad.

Aconsejaba también a sus religiosos que no empleasen nunca palabras de doble sentido. «Los artificios —decía—, violan la sinceridad y limpieza de la Orden: aquellos que más la dañan son los que enseñan prudencia humanas con que las almas enferman».

En este mismo desierto de la Peñuela acabó y perfeccionó sus escritos, en los cuales se echa bien de ver la ciencia divina de que Dios le había dotado, para que encaminase a las almas a la más encumbrada santidad. Y en ellos dejó a todos sus hijos consignada su última voluntad de que trabajasen por imitar al divino modelo: Jesucristo.

Otro nuevo prodigio obró el Señor por su medio, apagando un horroroso incendio que amenazaba destruir el convento.

Muerte del Santo. Entierro y traslado de su cuerpo. Milagros

Queriendo ya el Señor llevar para sí a su amado siervo, comenzó a disponerle con penosas enfermedades, y llagas en una pierna. Para mejor atenderle dispuso el Provincial que se trasladase a un convento que estuviese en poblado dejándole a elección del Santo, quien escogió el de Ubeda por ser él allí desconocido y tener un Prior que le era poco afecto. Consiguió con esto las tres cosas que había pedido al Señor: «morir desconocido», «padeciendo mucho» y «siendo súbdito».

Por la mucha fatiga que llevaba en el camino se sentó con su compañero a la orilla del río, y deseando que el compañero tomase algo para recobrar sus fuerzas, le importunaba, preguntándole, qué tomaría de mejor gana, a lo que el Santo contestó que «tomaría con gusto unos espárragos, pero que ya veía, no era tiempo de ellos».

Mas el Señor que quería consolar a este justo, fue servido de que al mirar hacia el arroyo el compañero, viese sobre una piedra un manojito de ellos; regalo que el Señor quiso hacer a su siervo. Dieron los dos gracias a Nuestro Señor, reconociendo el beneficio. Pero el Santo, acusándose de poco mortificado, ofreció, cual otro David, el sacrificio de su apetito no queriéndolos tomar.

Llegó por fin a Ubeda, tan fatigado del viaje, y con tal inflamación en la pierna que abierta por cinco partes en forma de cruz, arrojaba en gran cantidad el humor. Así que llegó, conociendo que se acercaba su fin, exclamó: «*Haec requies mea*». Sí, allí fue donde al Señor le había de llamar para sí, después de purificarle con penas tan amargas como la misma muerte.

En medio de estos sufrimientos no se olvidaba el Señor de enviar algunos consuelos a su fiel siervo. Las familias más principales de Ubeda enviaban paños y medicamentos para sus heridas y se consideraban dichosas poder lavar las vendas que había usado, disputándose el honor, unas familias a otras, por ayudar de alguna manera al humilde religioso cuya alma, sabían, era tan del agrado de Dios.

Dos meses y medio perseveró el siervo de

Dios en este estado hasta que llegada la víspera de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, viéndole el médico muy grave dispuso se le administrara el Santo Viático. Así que oyó el santo las disposiciones del facultativo, exclamó: *laetatus sum in his quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus*. Recibió el Sto. Viático con una devoción tan tierna y amorosa cual se puede creer de un alma tan pura; después, viendo sus afligidos hijos, que se acababa ya la vida de su venerado Padre, bañados todos en tiernas lágrimas le suplicaron les diese su bendición antes de morir; y dándosela él, según lo deseaban les rogó le leyeran el libro de los *cantares*. Poco antes de las doce se compuso el cuerpo con toda modestia en su pobre tarima, y tomando en sus manos un devoto Crucifijo, se quedó con aquel divino Señor en contemplación dulcísima: rodeóle un globo de clarísima luz, el cual recibió aquella seráfica alma y la trasladó al paraíso de la gloria. Así expiró nuestro glorioso Santo el sábado 14 de diciembre, a las doce de la noche mientras los religiosos rezaban los maitines de la Octava de la Virgen, el año del Señor 1591, a la edad de 49 años.

Quedó su rostro sonrosado y hermoso y todo

su santo cuerpo despidiendo una suavísima fragancia.

Luego que se divulgó en Ubeda la noticia de su muerte, al punto acudieron los vecinos al convento suplicando se les permitiera venerar aquellas santas reliquias, con especialidad un carpintero a quien avisó el Santo que se libertara con la fuga de la muerte que le preparaban sus enemigos, llegó al convento llorando su mala vida y dando gracias a su bienhechor. En fin, fue tal el concurso, que se vieron los religiosos en la precisión de exponer el santo cuerpo en la iglesia y defender las santas reliquias, porque todos querían llevar alguna para satisfacer su devoción. Se distinguió entre los demás un Padre de la Orden del glorioso Santo Domingo, quien para hacer con disimulo el piadoso hurto que meditaba, se hechó sobre el Santo para cortar con los dientes un dedo; pero vio con asombro que el Santo retiró su mano.

Señalada la hora del funeral, acudieron todos los vecinos de Ubeda y las comunidades religiosas. Celebrada la Santa Misa y dicho el sermón de honras, todos querían tomar parte en colocar en el sepulcro su bendito cuerpo.

Después de su muerte manifestó el Señor de muchas maneras la santidad de su fiel siervo, ya

con aspiraciones, ya con curaciones milagrosas, y ya también con admirables conversiones de grandes pecadores. En vista de lo cual los Prelados de la Orden se movieron a suplicar a la Santa Sede se dignara conceder la gracia de comenzar las causas de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios.

El cuerpo del Santo quedó sepultado en la iglesia de la Orden, de Ubeda; mas a los dieciocho meses, 1593 con las licencias necesarias, se le trasladó a Segovia. Allí se le dio sepultura, en tierra, hasta que viendo los milagros que el Señor obraba por su intercesión le levantaron de la tierra y se colocó en una magnífica urna que se construyó para el efecto.

Los habitantes de Ubeda protestaron de tal despojo y los prelados ordenaron que se devolvieran a Ubeda parte de sus santos restos, donde se veneran en preciosa capilla y urna con grandísima devoción de toda la región. Inmediatamente se multiplicaron los milagros y prodigios atribuidos a su intercesión.

El Papa Clemente X lo beatificó en 1675.

Benedicto XIII lo canonizó en 1726.

Pío XI lo declaró Doctor de la Iglesia universal en 1926.

Los poetas españoles lo nombraron su Patrono en 1952.

El Papa Juan Pablo II visita su sepulcro en 1982.

El mismo Papa, su gran devoto y admirador, lo declaró en mayo de este año de 1993 Patrono de todos los poetas de lengua española.

A LOS ENTUSIASTAS DE LA PIEDAD Y DE LA BELLEZA

Pocas veces se han unido en íntimo efusivo abrazo el más claro y analítico conocimiento de la verdad y el encanto y brío majestuoso de la más sentida poesía.

Ese milagro, rara vez realizado, se repitió, sorprendentemente y grande como nunca, en un sujeto singular y a todas luces excelso; mirado de lejos, sobrecoge e impone; estudiado detenidamente de cerca, admira y seduce con el más halagüeño encanto; es como un hermoso y esplendente hacecico de rayos de blanca luz de la Belleza eterna, reflejado en tenue materia y manifestado por la dulzura de la palabra, tan admirable, que más parece de ángel invisible que de hombre mortal.

Visión bella es *San Juan de la Cruz* bien estudiado, y eco sonoro que reproduce armonías de cielo en imágenes de la luz increada.

Todo se encuentra en las poesías del Santo: el fervor de la santidad más intensa, el colorido de la poesía más brillante y el conocimiento seguro y admirable de la más oculta verdad.

Era poeta por naturaleza y temperamento; lo era por el gusto tan depurado; se perfeccionó por el estudio y llegó a las más felices expresiones de atrevidas y geniales imágenes por la piedad y santidad, que le encendían en vivas ansias de lo que veía, amaba y cantaba.

Así lo dice su historia; en todas sus acciones y empresas eso es lo que más resalta.

Lo mismo escogiendo para convento donde santificarse en los Mártires de Granada o en las peñas de Segovia, los sorprendentes y evocadores panoramas, como extasiándose ante la Cruz de madera en San José de Segovia o ante las rejas del locutorio en la Encarnación de Avila pensando en el amor encerrado en la Cruz o en la infinita grandeza y hermosura de Dios misericordioso.

¡Y este Santo, tan preclaro y accesible, apenas si es estudiado y, oh dolor, ni conocido!...

La sonrisa, que continuamente recreaba sus

labios, y la serenidad, que oreaba, sin interrupción, su rostro, estaban animadas por el brillo de sus ojos, siempre sumisos, y por las encendidas llamaradas salidas de su corazón de fuego.

¡Era el Gran Poeta!... El amor cantó y San Juan de la Cruz, lleno del amor de Dios, entonó cánticos del cielo, con armonías no conocidas en la tierra.

¡Era el Gran Poeta!... Los incendios del entusiasmo y viva fantasía, moldeados en los principales perennes de la belleza, eran superados por más altas aspiraciones. Cantaba la belleza infinita de Dios en sí mismo, y de Dios hermo-seando las almas; cantaba la luz del eterno amor. ¡Nadie como él ha vuelto a cantar la blancura de las almas purificadas por el amor de Dios! *Fue el Gran Poeta del amor divino.*

La crítica más severa puede decir que, nadie como él ha cantado; ni con el dulcísimo acento de sus liras, ni con la luminosa verdad de su palabra, ni con la intensidad de fuerza y entusiasmo, ni con las atrevidas y felices expresiones e imágenes suyas. No encontrando palabras adecuadas para expresar el fuego de sus deseos, buscaba, en la naturaleza toda, las figuras más bellas y giros tan delicados, que parecen en todo del cielo.

Con verdad pudo decir el mejor crítico —

Menéndez Pelayo— que cantó en versos «de fijo superiores a todos los que hay en castellano los secretos escondidos de la vida sobrenatural»; y el más santo puede exclamar: «No hay fervor ni fuego semejante al encerrado en sus poesías y explicado en su admirable prosa». Y todos aprobamos y sentimos lo expresado por Fr. Florián del Carmelo C.D. en estos versos:

«Iba el Amor cantando
Con tan dulce armonía
Que rival en sus cantos no tenía
¡Ay, cómo de su lira
Es dulce el escuchar aquel acento,
Que gime y que suspira
Llevado por el viento,
Allá, do la belleza tiene asiento!».

Estos son los sentimientos y afectos vestidos de belleza, que hicieron latir el corazón de San Juan de la Cruz; de aquel Gran Santo que fue también *el Gran Poeta*. Con estos afectos se animaba a la conquista de la santidad; con ellos se esforzaba en sus sequedades; en ellos expresó sus deseos; son ellos llamaradas de cielo salidas de aquel pecho animado por el Espíritu Santo.

Ve, lector amado, lo que de nuevo, el último de los Carmelitas te presenta en este cuadernito. Es lo más bello y lo más afectuoso que puedes soñar. El Santo lo escribió para él y para ti. Estudia sus bellezas; admira sus fervores y ansias y procura llevar vida tan santa que te hagas tú también digno de sentirlo. ¡Entonces sabrás lo que es amar!...

Quiera el cielo que pueda darte, en otros libritos, los comentarios no menos admirables que los versos.

El Santo bendito, que tan altamente lo sintió, nos alcance a ti y a mí que, al estudiarle, también nos enfervoricemos, y la Belleza eterna nos sonría, para arrastrarnos, cantando estos amores, a las playas felices de la inmortalidad.

Tal es mi ansia y esto te deseo. El amoroso beso del buen Jesús, pendiente en su Cruz, en esto nos confirme.

En El, lector mío amado, vivamos unidos en abrazo de amor y de cruz.

Segovia, junto al sepulcro de San Juan de la Cruz, en la víspera de N. Madre del Carmen de 1929.

Fr. Valentín de San José